

Dobrizhoffer, Martin (1718-1791)

Historia de los Abipones (1784; trad. esp. de C. Vedoya de Guillén y E. Wernicke 1967)

.....

Es increíble la cantidad y variedad de hormigas que hay en toda Paracuaria, tanto de las que andan por tierra como de las voladoras. Rápidamente recordaré las principales y más conocidas. Los abipones llaman a las hormigas Oehega y los guaraníes tahi, aunque distinguen a cada especie con un vocablo singular. Las más pequeñas de todas las hormigas, de color rojo, son las más peligrosas y mordaces. Buscan al azúcar, la miel y cualquier dulce, como el imán al hierro. Por esto, cuando pretendes defender tu despensa contra ellas, deberás emplear astucia e ingenio. Al ingerir dulces aumenta su bilis y produce una roncha que ha de durar durante varios días con dolor. Una vez bebí imprudentemente agua fría que a diario era mi bebida con azúcar y yerba sorbiéndola con la bombilla y con ella sorbí innumerables hormiguitas que estaban adheridas a la bombilla. ¡Dios Santo. Con cuánto tormento y con cuánto peligro vino acompañado este sorbo! Nunca me había visto más cerca de la muerte habiendo soportado tantos peligros en tierra y en mar. Toda la garganta se me ulceró e inflamó; con las amígdalas tumefactas, y oprimido por tan grandes angustias, con gran dificultad apenas podía tragar ni una miga ni una gota durante dos días. El mayor problema fue la imposibilidad de hablar y de dormir. Y en el mismo día de la Asunción debí abstenerme de celebrar la Santa Misa. Inútilmente intenté muchas cosas, hasta que por fin lavé mi garganta con agua cocida con cebada, y mezclada con miel silvestre y vinagre y ungí varias veces el cuello con grasa de gallina, hasta que desaparecieron el tumor y el dolor de garganta al mismo tiempo que el peligro nada imaginario en que me hallaba.

Por las mismas hormigas que había tragado comencé a sentir una molestia de pulmones y tanta tos, que como si fuera un asmático no podía tomar el sueño si no era necesario. Pasé noches enteras tosiendo. El único lenitivo fue echar azufre sobre carbones encendidos y hacer inhalaciones de vapor de azufre. Esto me hacía arrojar la flema y me sedaba por un tiempo la tos. A fines de setiembre recorrí un camino a caballo y durante varios días debí pernoctar al aire libre, lo que me benefició y restableció; poco a

poco fue aplacándose aquella tos nocturna. Para que conozcas el virus de las hormiguitas rojas, para que te cuides de beber antes de examinarla, pensé que te serviría esta experiencia mía.

A estas tan pequeñas le siguen otras hormigas muy grandes que tuve oportunidad de ver. Los guaraníes las llaman Jzau, y constituyen un verdadero peligro, no para el cuerpo humano sino para los edificios debajo de los cuales se establecen. Bajo los templos, bajo las casas hacen con gran trabajo unos laberintos. Cavan profundamente la tierra realizando sinuosos meandros, y trasladan afuera la tierra desenterrada. A veces, les crecen alas especialmente cuando presienten las tormentas, y vuelan en turba; y con la misma desdicha con que en otro tiempo Icaro cayó al mar, éstas, mojadas sus alas por la lluvia, a diferencia de aquél, caen en tierra y mueren. Cuanto más alto se han elevado, más rápidamente caen.

El agua de las precipitaciones penetra por aquellas aberturas por las que circulan las hormigas. Esta gruta se inunda y la tierra que sostiene las casas es removida. Los pilares que sostienen los muros, el techo y las vigas vacilan primero y, si no se las apuntala enseguida, caerán junto con la casa. Este espectáculo no es raro para los paracuarios. Toda la elevación en la que se asentó la ciudad de San Joaquín temblaba por los tumbos y cuevas de hormigas, minado por todas partes por los canales subterráneos. Nuestra casa y el templo adyacente sufrieron muchas molestias y peligros. A veces no podía usarse por varios días el altar principal. En tiempo lluvioso las hormigas que habían estado escondidas salían de sus antros en largas fila y volaban; pero como no soportaban volar por mucho tiempo, caían y ensuciaban al sacerdote, al altar y a los vasos sagrados. Si se les cerraba con cuidado alguna de las diez puertas por las que salían de sus cuevas, al día siguiente habían abierto otras veinte. Una tarde se desencadenó una terrible tempestad. El cielo se agitaba por fuegos horribles, y retumbaba con los truenos. La lluvia estrepitosa aumentaba el terror, y nuestra casa parecía haberse convertido en un lago en declive cuando el mismo muro hacía de muro de contención a las aguas. Mi compañero se pasó a mi cuarto. En ese momento se presentó el indio guardián del templo, anunciando que el piso se abría y que la pared se inclinaba rasgándose de manera alarmante. Tomando una lámpara acudí allí. Enseguida noté que fuera del límite de la pieza se había producido una abertura en la tierra. No recelando del peligro que correría, la tierra cedió en el lugar mismo del altar mayor hasta alcanzar gran profundidad, y comencé a hundirme hasta los hombros; pero con la misma rapidez

con que el guardián me alcanzó la mano salí de aquella vorágine. Parecía que las hormigas habían fundado su metrópoli debajo del altar mayor. Aquella caverna tenía muchos codos de largo y de ancho y se asemejaba por su aspecto a una especie de bodega.

Durante varios días los indios trabajaron para llenarla de tierra, y durante días las hormigas volvieron a cavarla. Ante la agitación e inquietud que dominaba a todos, se llamó a cuantos indios fue posible para que sostuvieran con vigas y postes la pared del templo que se estaba cayendo. Como los guaraníes son tan piadosos y de reconocida observancia con los Padres se consagraron con celo durante muchas horas al templo, empapados aquí por el sudor y allí por la continua lluvia. Por la magnitud del peligro no se pudo tomar un descanso en estos trabajos. Y en esa misma noche debí salir de mi pieza por consejo de mi compañero, ya que estaba unida al templo con las mismas vigas y postes; de modo que si éste se derrumbaba, de ningún modo podría evitarse la caída de aquélla. Yo leí que en las remontísimas islas de las provincias Cuayanas las rocas y los montes son excavados por las hormigas y por todas partes los muros son socavados y los habitantes expulsados de sus casas. Fácilmente lo creeré, pues tuve que afrontar situaciones semejantes a éstas, aunque también tan increíbles.

Aprendí en Paracuaria hasta qué punto son capaces de destruir las hormigas. Si las comparas con otros insectos, son débiles y más pequeñas. Pero llegan a ser más temibles y fuertes por su número, su trabajo y su concordia. Aunque tan pequeñas, cuando se multiplican no deben ser despreciadas. El mismo Océano, creciendo desde pequeñas gotitas. ¡Ah!, ¡qué amenazador, qué truculento es! Vemos por los campos, sobre todo los que alimenta el río Paraná, unos túmulos de hormigas muy similares a pirámides de roca, de una altura de tres o más brazos, de base muy ancha, y de una materia tan sólida que iguala a la piedra. Son casas de aprovisionamiento y torres de las hormigas, desde cuya cima desprecian las inundaciones y acechan seguras los cadáveres de los animales rezagados que flotan. Vimos una vez una planicie tan llena de estos túmulos de hormigas, que no encontrábamos lugar donde los caballos pudieran apoyar las patas sin peligro de tropezar. A menudo se distingue en el campo un sendero de hormigas tan ancho que jugarías que allí han pasado las legiones de Jerjes.

Algunas veces los españoles usan estos túmulos piramidales cavados con tanta habilidad, a modo de horno para cocinar el pan. Nunca los demuelen sino que los reducen a polvo, pues mezclados con agua sirven para hacer el piso de las casas. Los pisos de este

tipo se asemejan a la piedra y duran como si fueran de piedra; se dice que impiden la procreación de las pulgas y de otros insectos. Pero escucha los estragos que las hormigas hacen en los asuntos domésticos. En larguísima y apretada fila cuyo fin esperarás en vano, se acercan a las bolsas llenas de trigo; y recorriendo continuamente el mismo camino durante días y noches (si no son de luna llena), trasladan poco a poco unos cuantos alimentos. Desnudan de todas sus hojas a los árboles frutales si no rodeas su tronco con una cola de vaca para impedirles que suban. Destruyen todas las cosechas, y al verlas pensarías que han sido segadas con una hoz.

El vino era muy escaso y apenas alcanzaba para el uso del altar, ya que se lo traía a Paracuaria desde Chile a través de cuatrocientas leguas. Innumerables hormigas se comían las vides y los viñedos más remotos. Los españoles ni son enemigos del vino ni les disgusta el cultivo de la vid.

En cuanto llegaron a América, se dieron al trabajo de cultivar vides, pero sin ningún resultado en Paracuaria. Cuando el esfuerzo de años se vio burlado por la voracidad de las hormigas, y tanto sudor empleado en los viñedos no era compensado con la obtención de una gota de vino, abandonaron el trabajo de las viñas y se contentaron con la misma bebida que utilizaban los nativos cuando no con la caña quemada del azúcar o el poco de vino que traen de Chile. Fuera de Córdoba, La Rioja y Catamarca, colonias de Tucumán, apenas se contaba con algunos racimos para obtener el vino necesario durante unos días para el Santo Sacrificio; y el resto se debía traer de Buenos Aires o Tucumán.

Es indudable que yo rocié más frentes de europeos con aguas bautismales que con gotas de vino paracuario. Los hombres de pueblos españoles suplen la falta de vino con una bebida preparada con maíz u otros frutos. Si alguna vez logran vencer la diaria asiduidad de las hormigas, grandes bandadas de palomas silvestres o de avispas consumen las uvas en cuanto nacen. Las hormigas de todo tipo suelen ser enemigas tanto de los viñedos como de los huertos. Cualquier cosa oleaginosa o leguminosa la comen hasta las raíces. Hoy siembras una tierna planta; mañana la buscarás en vano. Sin embargo respetan a la pimienta por su sabor más acre. Encontrarás la carne, tanto cruda como asada negreando de hormigas si la guardas en una pieza. Comen cuanto hay de desecho, sean cadáveres de escarabajos, sapos o víboras.

Una vez, volviendo a la pieza encontré una avecilla que tenía encerrada en una jaula con un poco de carne como alimento, comida por las hormigas. Ni respetan los cuerpos de los que

duermen. De noche mientras duermes te entrarán en las orejas; en cuanto tomas el sueño, surgirá de la pared o del piso un ejército de hormigas que subirá a tu cama y te picará por todas partes si no huyes enseguida. Me creerás por ser un seguro experimentado. Esto es muy frecuente en las colonias guaraníes. Aquí las velas están prendidas toda la noche. Pues consideran que el único remedio para defenderse contra éstas es encender hojas de papiro y arrojarlas sobre la columna de hormigas cuando avanzan. Los portugueses han recibido aquel adagio de que las hormigas son las reinas del Brasil. Nosotros sabemos por experiencia que son las dueñas de Paracuaria. Son más poderosas que aquel Nicolás que habían inventado como rey de los paracuarios. Más trabajo he tenido con ellas que en someter a todos los bárbaros. No obstante, todos los medios que se piensen, sirven para ahuyentarlas pero no para eliminarlas. Para esto deben destruirse con gran trabajo, las cavernas de hormigas, arrojándoles fuego o retirando sus huevos. Al día siguiente se encontrarán otras nuevas en el mismo campo. También se retiran si se introduce en sus cuevas estiércol de cerdo, o cal, orégano u orín; pero enseguida cavarán nuevas cavernas. Otros prefieren utilizar el azufre. Escucha cómo nos enseñaron a usarlo los portugueses. Explora los escondrijos de las hormigas que encuentres en tu huerta o en tu campo. Introduce incienso con carbones encendidos en la abertura mayor por la que penetran en la tierra. Aviva la llama y agrega azufre para que surja abundante humo; enseguida obstruye con limo fresco las demás entradas por donde veas que sale el humo para que éste no salga al exterior. El azufre, al inflamarse, llena toda la caverna y sofoca el ejército de hormigas que allí se encuentre. Muchos han realizado esta experiencia en Paracuaria, obteniendo gran éxito. Pero ¿qué ocurriría si en aquellas soledades llegaran a faltar el azufre y la paciencia? Faltarán los frutos de la vid, de los árboles, de los campos. Las hormigas devastarán todo lo que encuentran a su paso, arrasarán los cultivos de los campesinos y tratarán de eludir los medios utilizados para eliminarlas; el único modo eficaz de combatirlas es introducir en los hormigueros azufre quemado, pues el humo que produce logrará exterminarlas.

Plinio en el libro: II. Capítulo 31, refiere que en algunas regiones de las Indias Orientales viven unas hormigas del tamaño de las arañas egipcias, semejantes por el color y tamaño a aquéllas, pero cornadas. Nunca vi en Paracuaria tales insectos tan grandes; y sostengo que tal vez nacieron en el cerebro de los creadores de fábulas. No me atrevo a contradecir bajo juramento las palabras de Plinio, a quien se atribuye conocimiento en asuntos extranjeros

cuando se refiere a su tamaño monstruoso, virtudes y formas. Pero aunque las hormigas paracuarias sean más pequeñas, son suficientes por sus fuerzas y sus armas para despedazar y lastimar los miembros humanos.

Oportunamente recuerdo lo que Suetonio en el Número 46 escribe sobre Nerón, hostigado con terrores nocturnos por sus delitos: *Nunquam antea, dice, somniare solitus, occisa demum matre vidit per quietem. navem sibi regente extorturm governaculum: Trabique se ab Octavia uxore in arctissimas tenebras, et nodo pennatrarum formicarum multitudine oppleri: modo etc.*, ("Como no estaba habituado a soñar, después de muerta su madre, la veía en sueños, torturándolo cuando gobernaba su nave: que él fue arrestado por su esposa Octavia a las más negras tinieblas, y cubierto como un penates por una multitud de hormigas...").

No por esto Nerón soñó con las hormigas como si fueran verdugos estigios que infestaban sus días y sus noches, siempre intolerables. Lo que Nerón soñó, nosotros los hemos vivido tantos años en Paracuaria. Pues tanto en la casa como en el campo, del mismo modo éramos maltratados por las hormigas que nos atacaban, sobre todo si las irritábamos. Ya que cuando se sienten atacadas tanto a sí mismas como a sus cosas, suelen destruir con diligencia.

Hay un árbol que los españoles llaman formicaria, y los indios chiquitos Auci N'occepez. Su madera, muy blanda, es taladrada por todas partes por las hormigas como una criba, y habitan allí. Cuídate de no tocar este árbol ni con el dedo, pues una infinita cohorte de hormigas se te abalanzará como si hubiera escuchado una trompeta de guerra a su puerta, y te lacerará de manera lastimosa, sin dejarte ninguna parte de la piel intacta, de modo que serás abrumado por aquella multitud que había soñado Nerón.

Sería injusto que después de exponer los perjuicios que ocasionan las hormigas callara los beneficios que prestan, hay unas de gran tamaño que llevan la parte posterior del cuerpo un glóbulo lleno de una sustancia grasosa, muy blanca y que recogida y derretida al fuego, era ocupada por los españoles y por los indios a manera de manteca, con gran placer. Yo a menudo la he visto, pero nunca apetecí ni envidié ese manjar.

Otras hormigas, muy pequeñas, ponen una cera muy blanca en los arbustos que producen un fruto de gran fragancia llamado quabyra miri. De las diminutas partículas recogidas se pueden preparar velas que sirvan para iluminar el altar. Esta cera una vez encendida exhala un olor más suave que el del incienso; pero es

más difícil de obtener que la cera común y se consume más rápido que ésta. No faltan hormigas que llevan en sus receptáculos partículas de resinas fragantes, que sirven en lugar de incienso.

En algunas regiones de Asia hay hormigas que recogen de los montes auríferos partículas de oro. Los habitantes bloquean sus cavernas para apoderarse del oro cuando los rayos del sol son más intensos; lo realizan como si buscaran las arcas de un tesoro. Pero las hormigas defienden acérrimamente sus propiedades y a menudo los naturales vuelven con las manos vacías y finalmente con los pies pronto para huir.

Hay una especie de hormigas que sirve de alimento a los osos, y que por eso se la llama del oso hormiguero. Sobre éstas diré más en otro momento. Hace tiempo tenía en la mente el deseo de que los que en Europa se ocupan de la comida de los ruiseñores y las alondras viajen a América donde llenarán sus aves con huevos de hormigas. Volverán con grandes ganancias y al mismo tiempo adquirirán gran destreza en aquellas provincias de América.

.....

OSO HORMIGUERO

El oso hormiguero es un animal digno de vista y risa. En guaraní se llama Tamandúá, Yoguí y Nurumí, en español oso hormiguero, en abipón finalmente Heteyrei. Tiene su nombre de las hormigas, su alimento. Hay que saber, sin embargo, que él no come indistintamente todas las hormigas junto con sus huevos sino solo las que los Guaraníes llaman Cupís. En carencia de éstas, se satisface con gusanitos, insectos voladores, miel y carne desmenuzada. Es tan grueso como un chanco pero más largo y más grande. Su cabeza no está en ninguna relación con el cuerpo restante. Una pequeña hendidura angosta colocada en su larga trompa forma su boca, dentro de la cual hay escondida una lengua negruzca, tersa y aún más delgada que una pluma [de ganso] de escribir, pero de más de veinte pulgadas de largo. Mete la lengua en los hormigueros excava con sus uñas y la retira recién cuando está llena de hormigas y de huevos que él devora. Tiene pequeños ojos negros, orejas medianas y casi redondas, un cuero negruzco y casi motoso. En la terminación de las manos sobresalen cuatro uñas corvas de las cuales las del centro son durísimas y de un largo de alrededor de tres pulgadas. El oso hormiguero necesita indispensablemente estas armas para cavar y remover la tierra bajo la cual están escondidos los hormigueros. Las patas posteriores

tienen un largo de cinco pulgadas y se hallan provistas de otras tantas uñas con las cuales al caminar imitan pisadas de un muchacho. Los pelos de su cola son cerdas enhiestas, más largas que una crin de caballo y tan largos como su cuerpo entero. La cola es tan ancha que el oso, al dormir, se cubre por completo con ella extendiéndola cual un espanta-mosca o abanico y dirigiéndola contra la cabeza, se protege no solo contra el frío sino también contra la lluvia, más o menos como nuestras ardillas suelen cubrirse con su cola doblada. Este animal no puede correr por mucho tiempo de modo que no solo cualquier jinete sino también todo peatón puede cazarlo fácilmente. Los indios comen de su carne pero no con gran placer. El tiene en lo demás fuerzas gigantescas. Atacado por el tigre, lo recibe bien sea sentado, o bien, echado de espalda con los brazos abiertos y lo ahoga como yo [poco] antes he dicho. Los osos hormigueros jóvenes se amansan pronto en las reducciones indias pero es raro que se vea alguno porque se alimentan solo de hormigas que hay que juntar trabajosamente. Por este motivo he rechazado el hormiguero que me han ofrecido los indios. Estos cazan anualmente innúmeros de ellos.

.....

En la Paracuaria restante que yo he recorrido y donde he percibido un suelo más fértil, no ha llegado a mi vista ni un vestigio de una quabyrá miri. Debo mencionar aquí otra utilidad que presta esta planta. Las hormigas hacen sobre sus ramas una cera más blanca que la nieve y así cual el bálsamo más noble llena todo su derredor con el perfume más agradable. Esta cera consiste en unos granitos sumamente chicos y blancos desparramados sobre la planta. Las mujeres la juntan con mucho trabajo, la derriten y fabrican con ella unas velas que se usan en las iglesias y que al arder expanden un olor muy agradable. Debe deplorarse que esta cera excelente no posee dureza alguna pues las velas hechas con ella se derriten con facilidad y no arden por mucho tiempo. Para prolongar su duración, yo agregaba frecuentemente a la cera de las hormigas la vulgar cera de abejas. Yo deploraba y extrañaba muchas veces que no se había llevado a Europa esta cera excelente la que, de seguro, todos encontrarían admirable. Probablemente sería muy bien recibida por la nobleza y tal vez sería muy conveniente a los enfermos.

.....

ARBOL DE HORMIGAS

El Ameisenbaum, árbol de hormigas tiene una madera floja y esponjosa. Este árbol está ahuecado completamente y habitado por hormigas. Quien lo conoce no se acercará ni desde lejos, pues ni bien se toca el árbol, parece que hubiera dado a las hormigas la orden de mando. Salen en cantidad incalculable de sus cuevas y cubren al árbol y a quien está junto a éste. Por lo tanto es menester huir en seguida si uno no quiere ser atormentado lastimosamente por las hormigas.